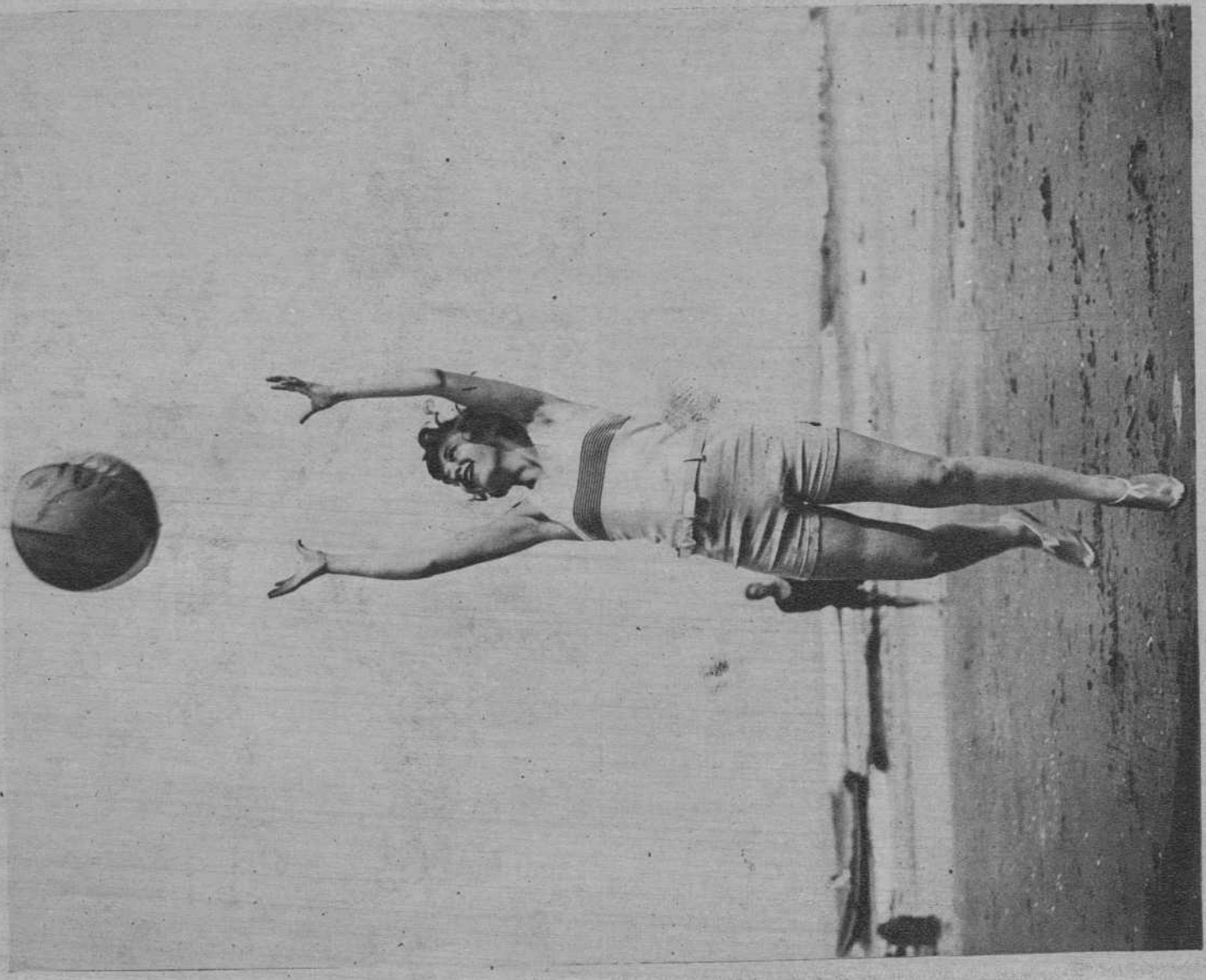


Nº 178

SEPTIEMBRE 1 1929

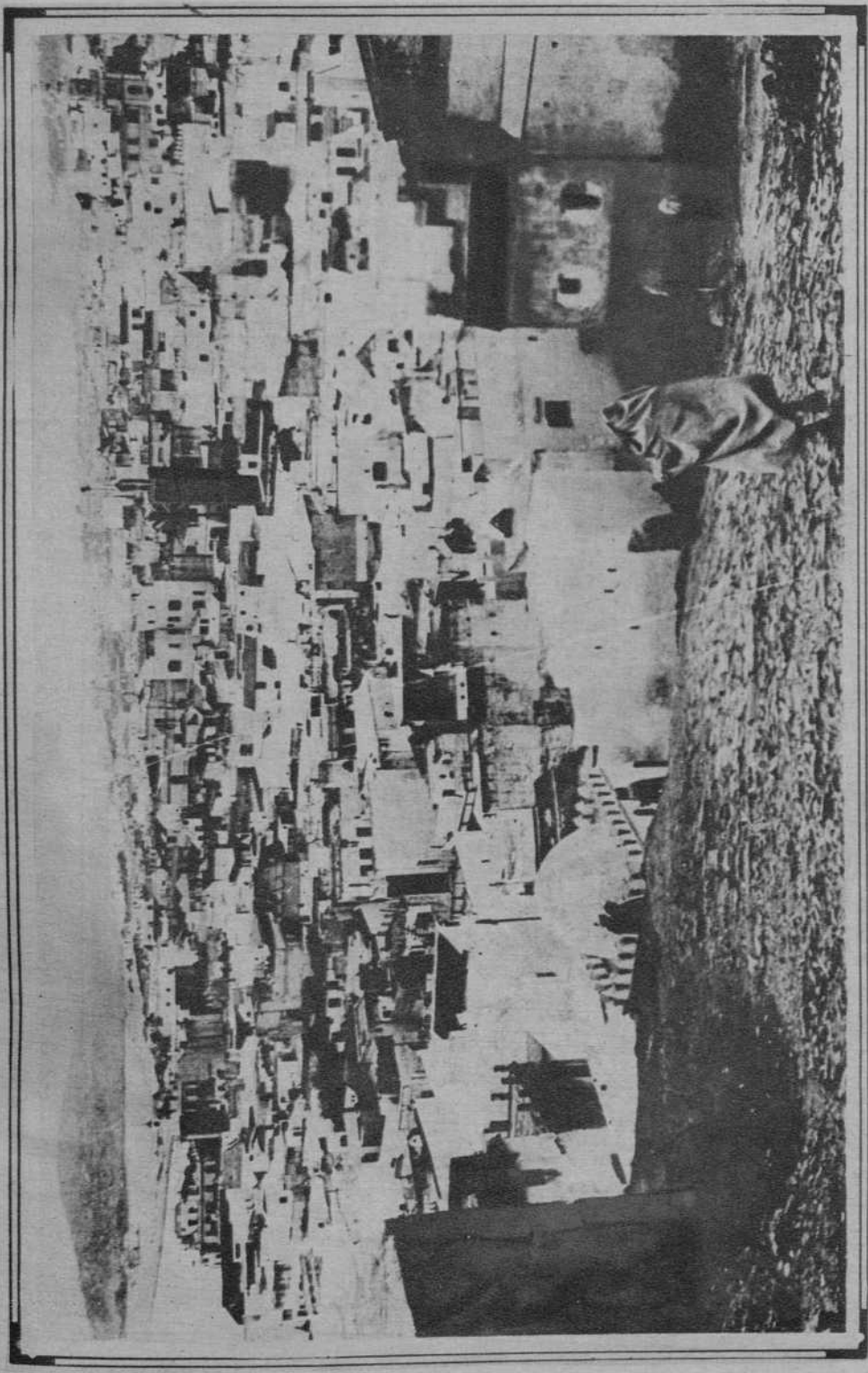
IPÁGINA EXTRAORDINARIA

DE
El Día Gráfico



¡ALEGRÍA!...

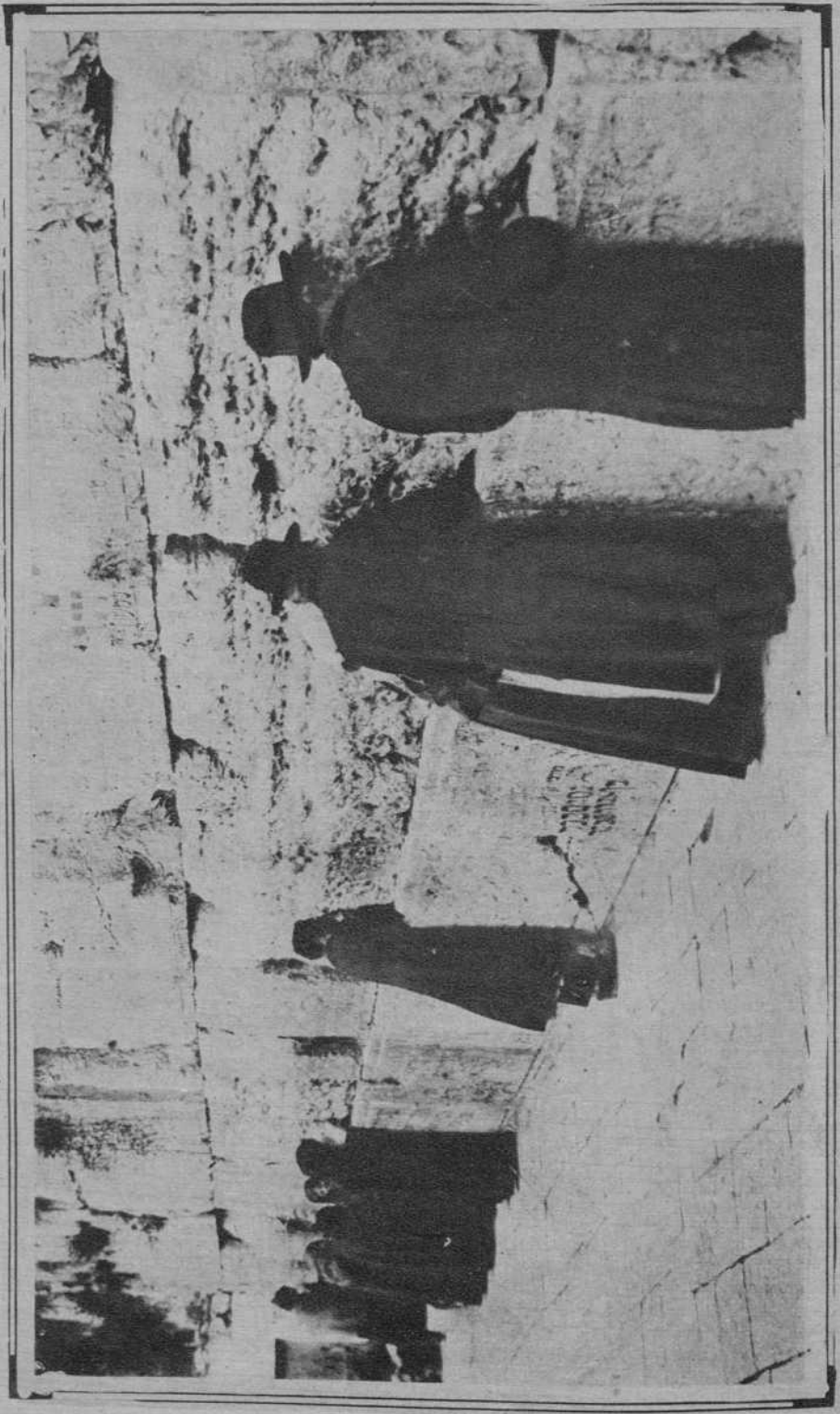
En el Lido, en Ostende, en Deauville, en Biarritz, en San Sebastián, salta la alegría del cuerpo femenino en la alegría de la playa. Gracia inenarrable que supera a la de las mujeres de la antigua Grecia



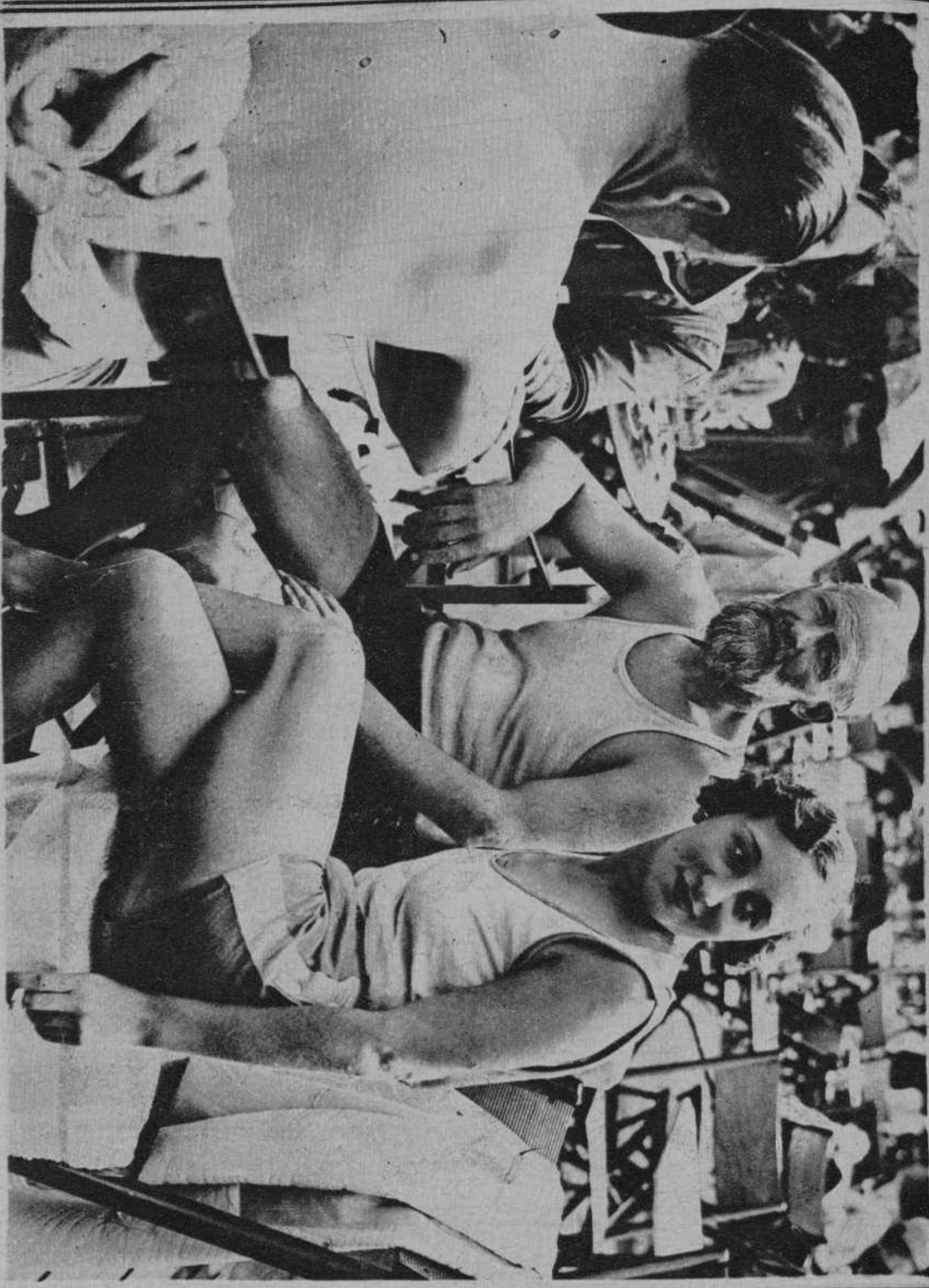
Vista de Jerusalém

PALESTINA, TIERRA DE GUERRA

Las luchas de árabes y judíos han repercutido en el mundo. Los árabes, oponiéndose a que Palestina vuelva a ser el hogar de los judíos, han hecho una matanza israelita. Las tropas inglesas han intervenido. Y Tierra Santa se ve convertida en tierra de guerra



El famoso «Muro de las lamentaciones», donde los judíos acuden a lamentarse de la caída de Jerusalém, y donde han comenzado los sucesos



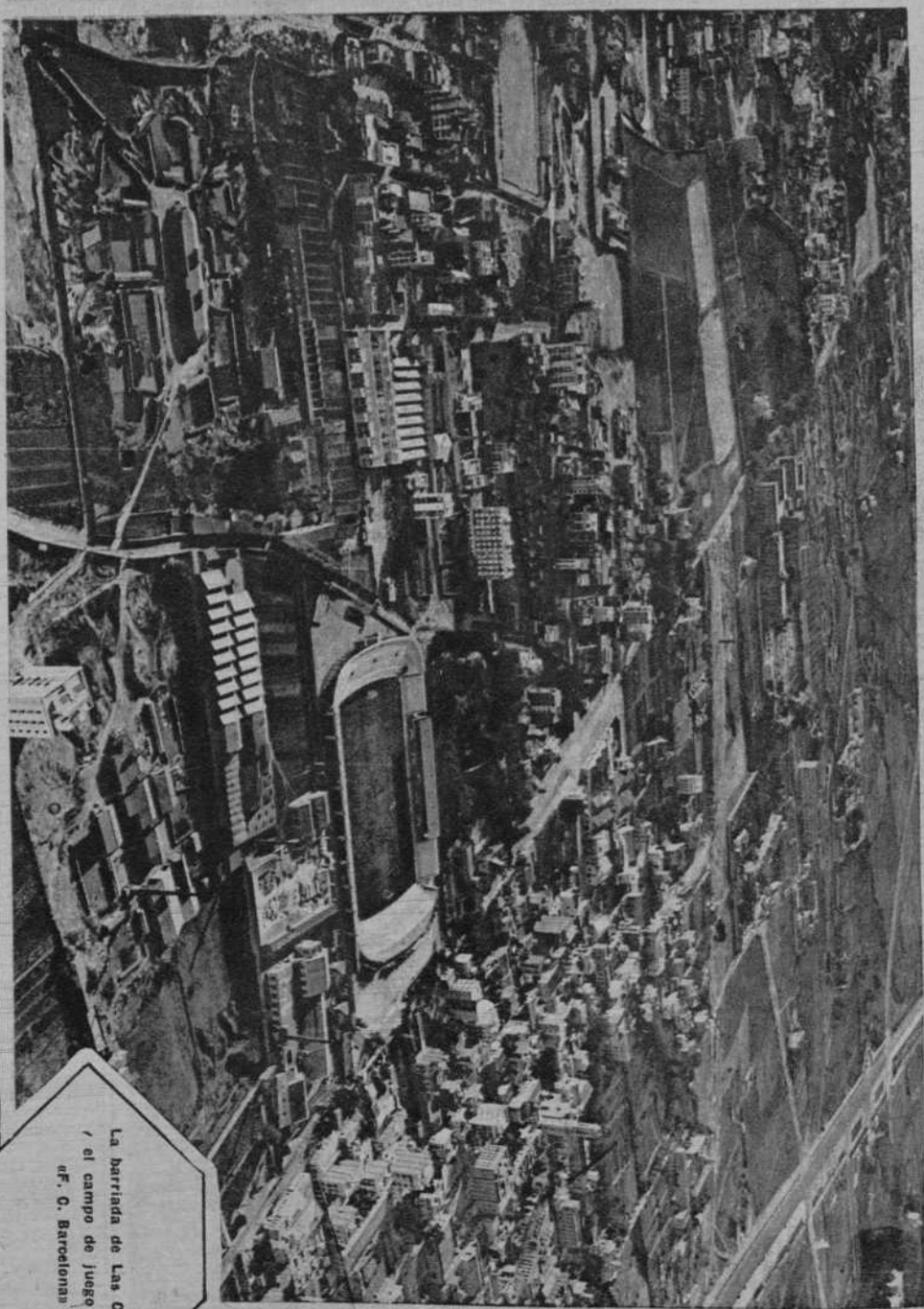
VAN DONGEN O LA FELICIDAD

Me aquí a Van Dongen, con un aspecto vagamente indostánico, mostrando su fisiología en la playa de Deauville. A su lado esa muchacha sana y fuerte y no impudica, con su maillot sucinto. Van Dongen es el pintor de las señoras del Gran mundo de París, que no sienten mostrar sus piernas a través de las gasas transparentes. Es el pintor de aquella Lili Damita, que mostró sus piernas francamente con un traje de *soirée*. Pero este hombre, que hace treinta o cuarenta años hubiera aparecido en la fotografía con una *ipéso* y una señora decadentes, se nos muestra con una serenidad de fauno soleado—porque los faunos también tienen su especial serenidad.

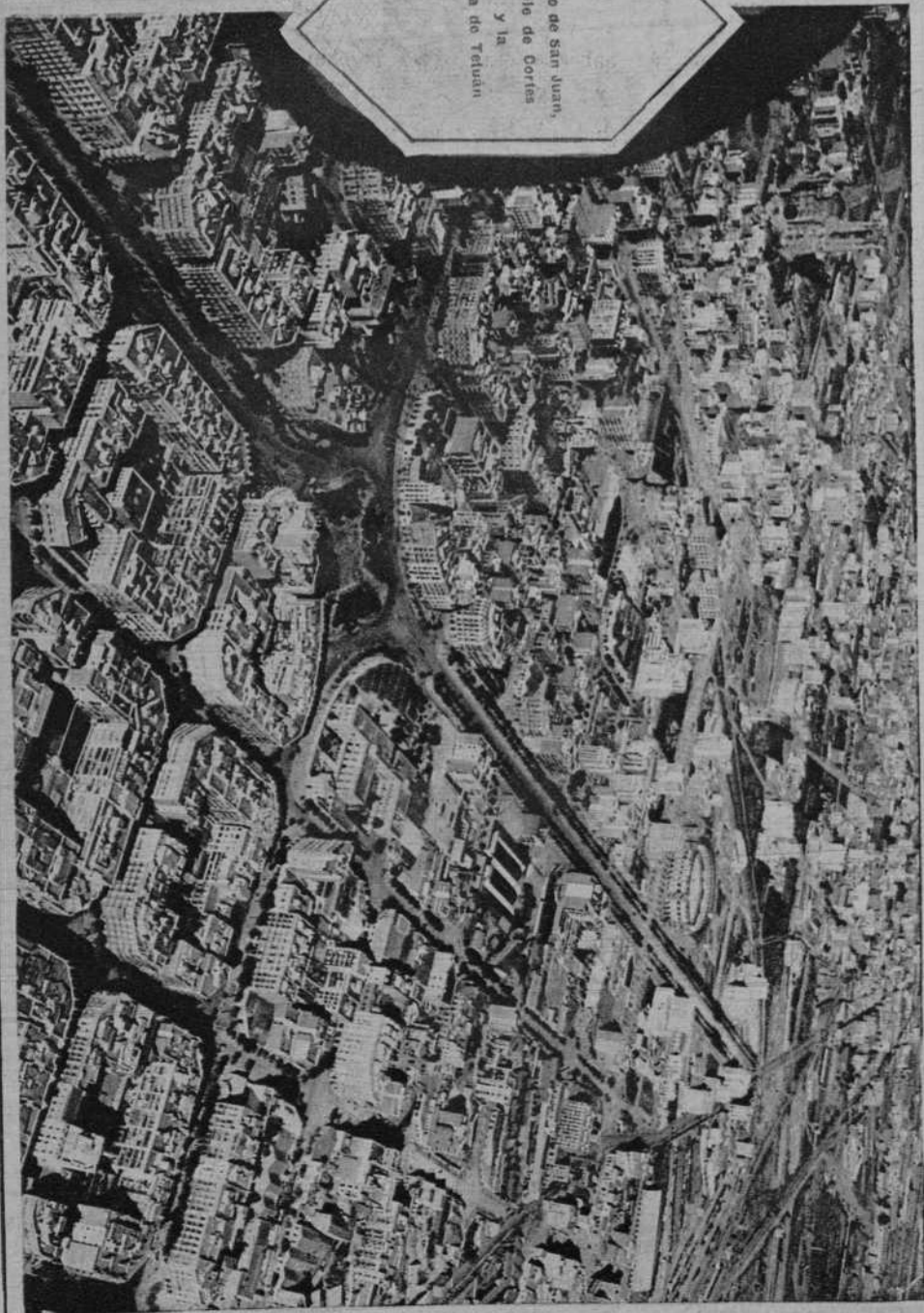
Van Dongen, como Bernard Shaw, otro anciano famoso, no tiene ninguna clase de pudor para exhibir sus barbas y su anatomía ante el objetivo fotográfico, gran cazador de asuntos picarescos en las grandes playas.

Van Dongen, holandés afrancesado, intenta vivir una segunda juventud. Pero, a pesar de su maillot de baño («*dermier cri*») y este desentado de «*beau vieux*», Van Dongen no alcanza su intento con la misma facilidad con que cambió de nacionalidad. En la casa triste del gran pintor se refleja esta pequeña tragedia del hombre que, para ser feliz, quisiera aparejar a su gloria el encanto insuperable de los años mozos...

Barcelona a vista de pájaro

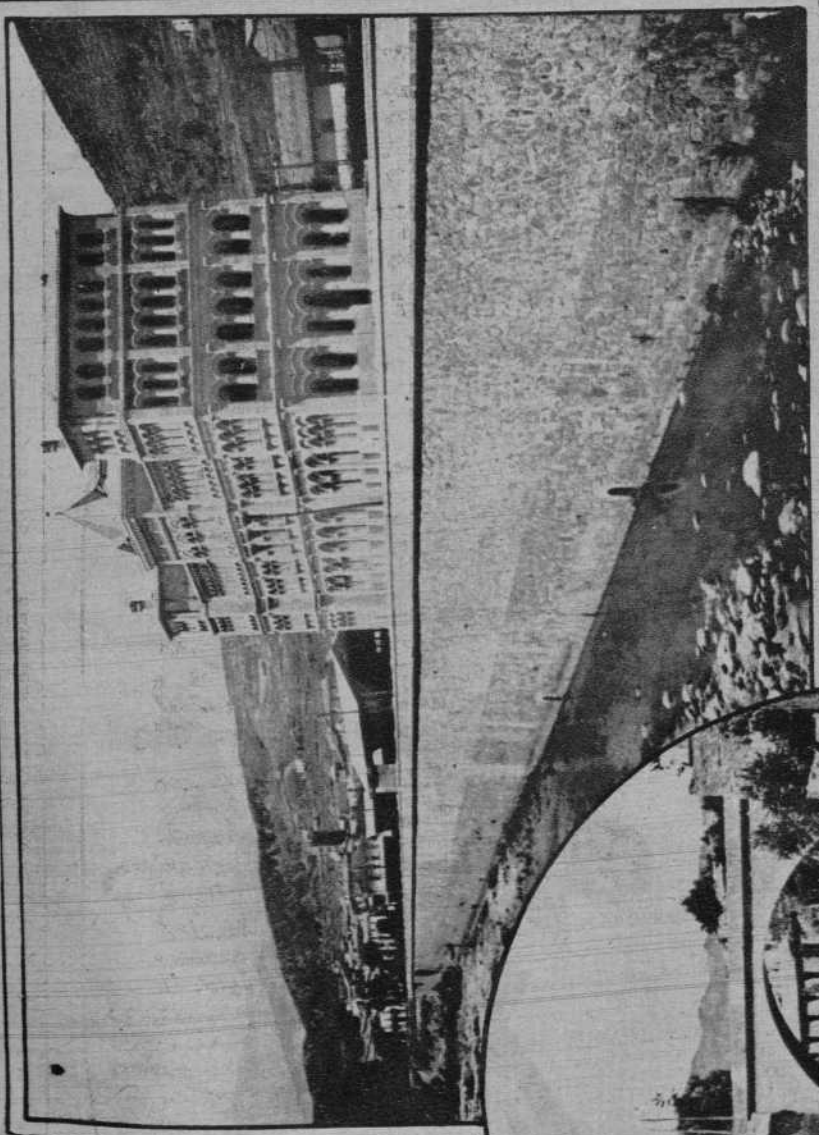


La barriada de Las Cortis / el campo de Jusep del af. O. Barcelonés



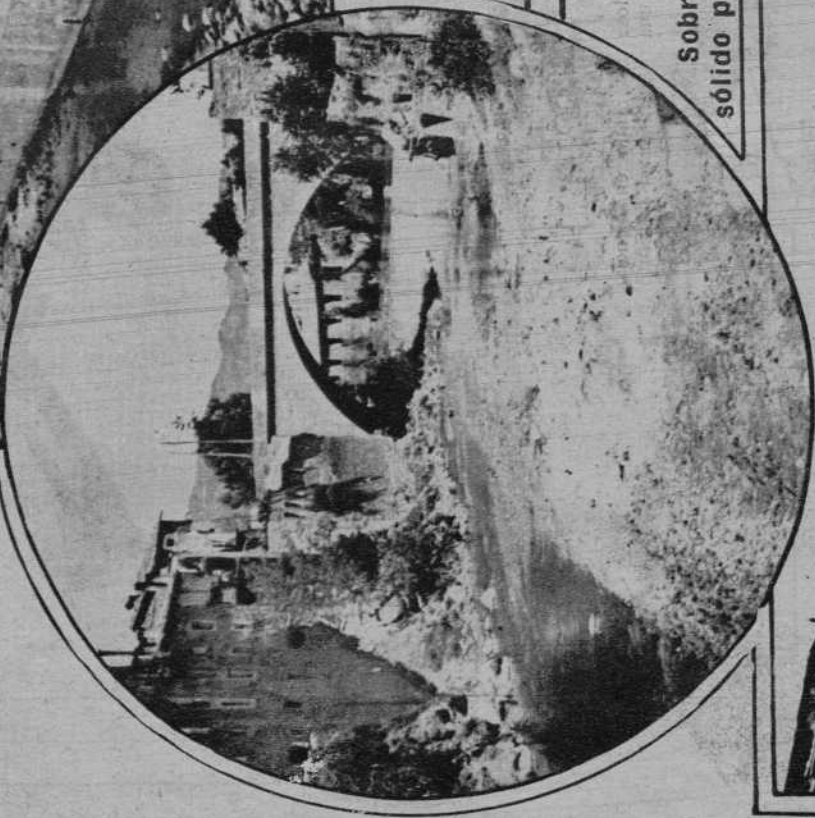
El paseo de San Juan, la calle de Cortis y la plaza de Teluán

RIPOLL MODERNO

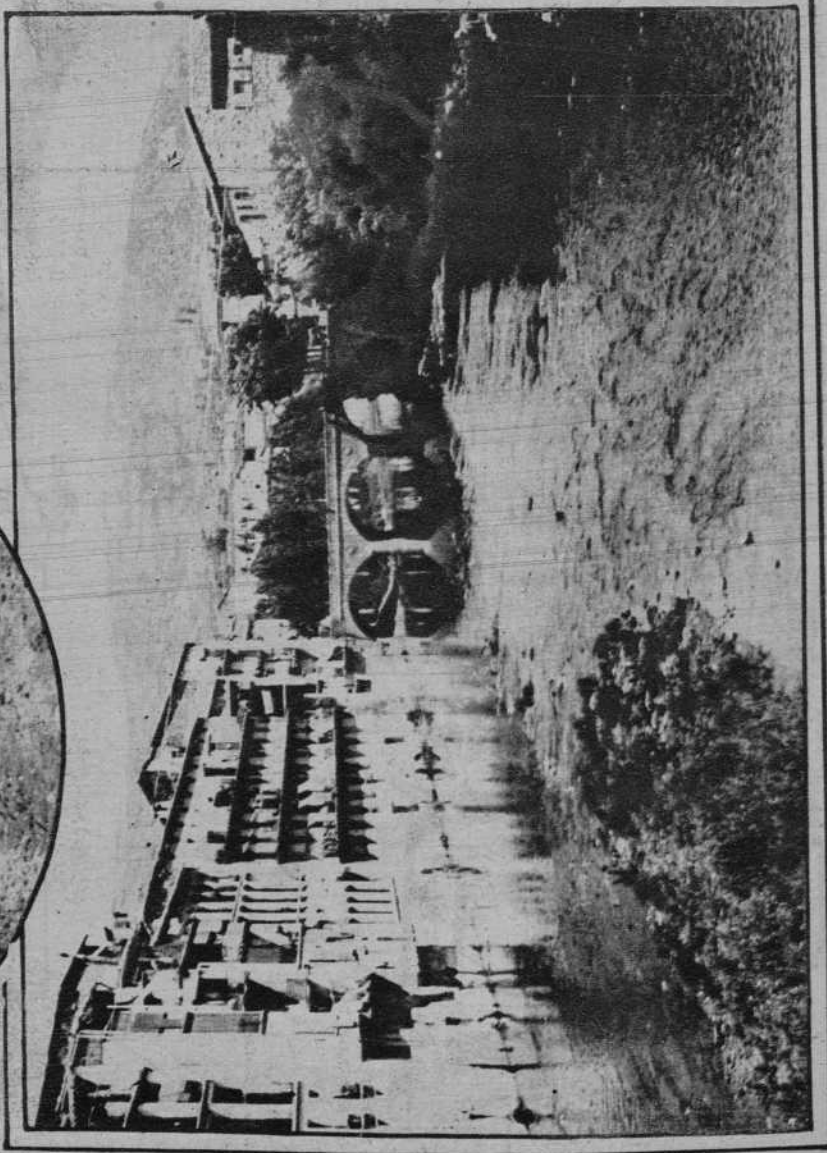


La estación del ferrocarril transpirenaico

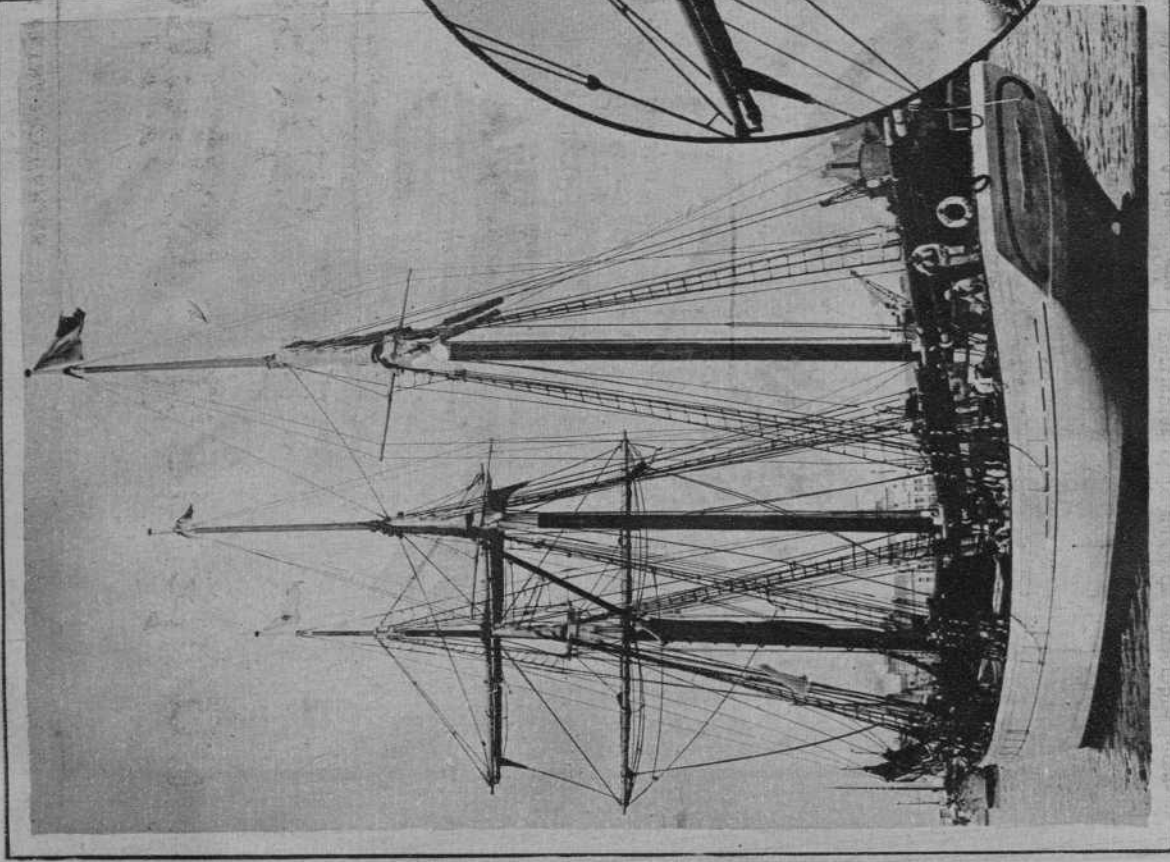
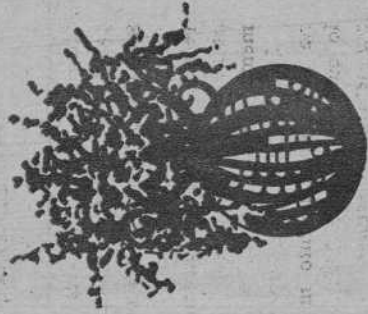
En la vieja villa del gran monasterio románico, van surgiendo los panoramas modernos



Sobre el Freser, el sólido puente de piedra

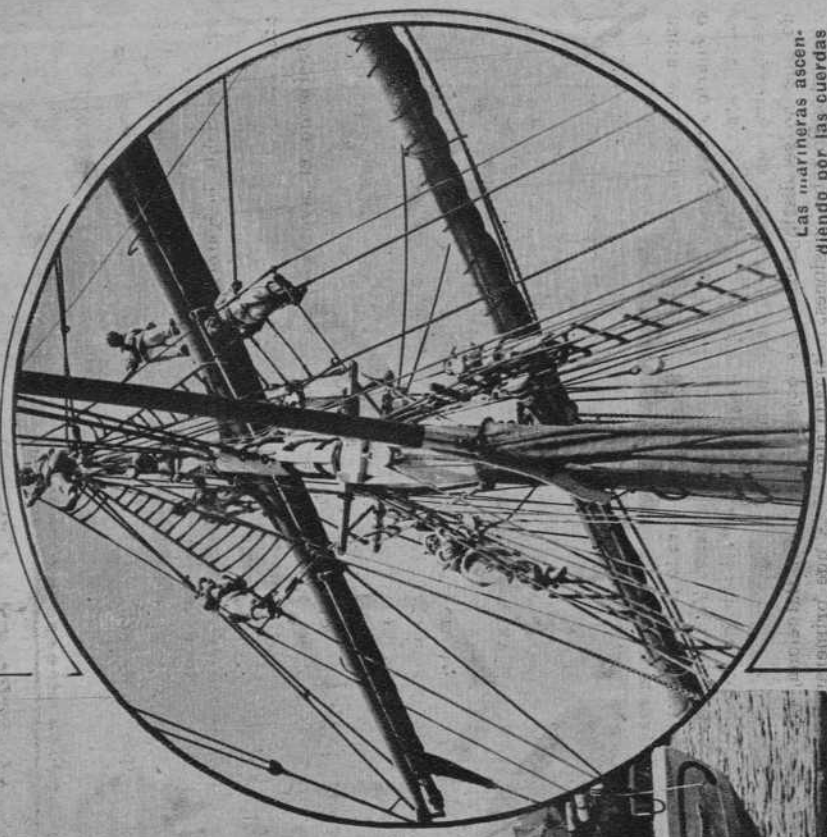


El Ter, a su paso por Ripoll



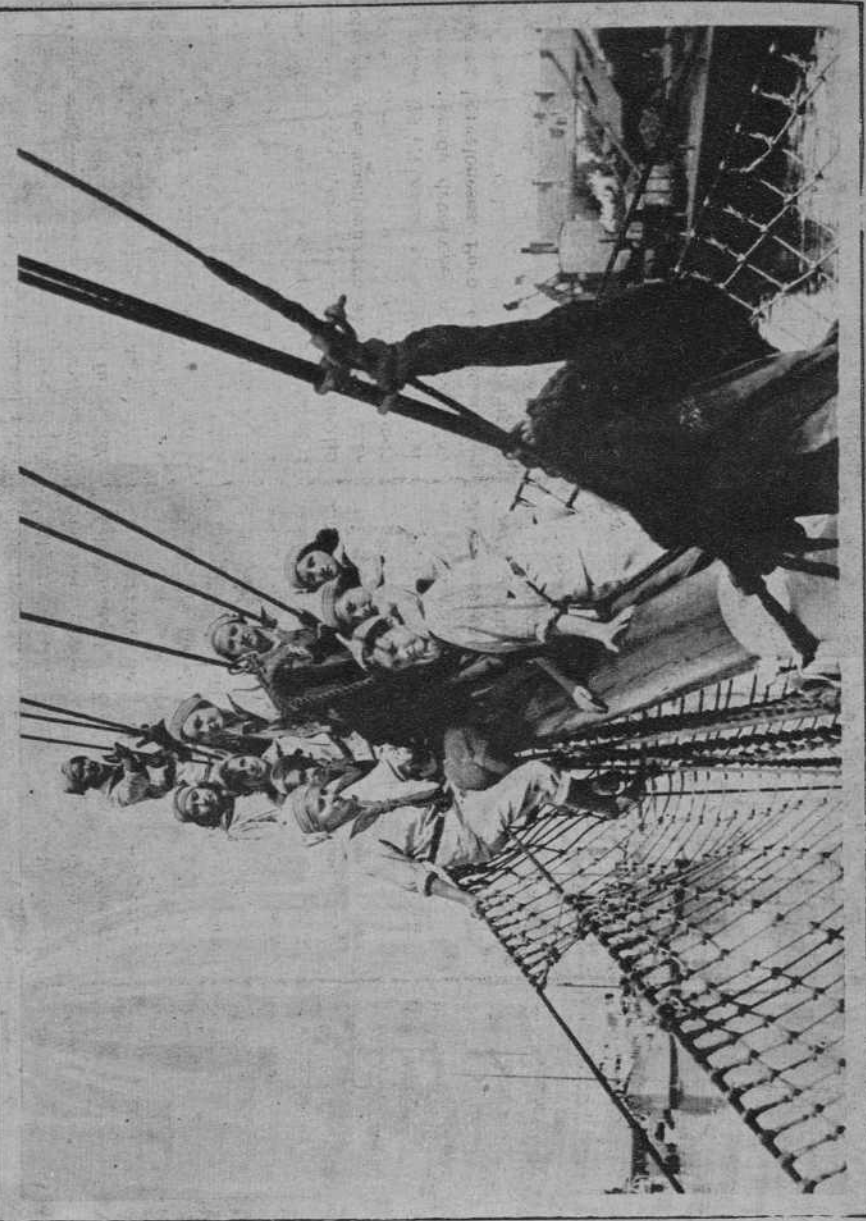
EL BARCO DE LAS MARINERAS

En Décauville, procedente de Saint Maló, ha aparecido este verano un velero de tres palos, el «Alcyon», tripulado por cuatro muchachas. Tienen su capitana, su piloto, su timonera, sus marineras y sus grumetas. Las reivindicaciones femeninas se detentan en la playa. ¡El mar para las mujeres!...



Las marineras ascendiendo por las cuerdas

El «Alcyon», barco-escuela para mujeres

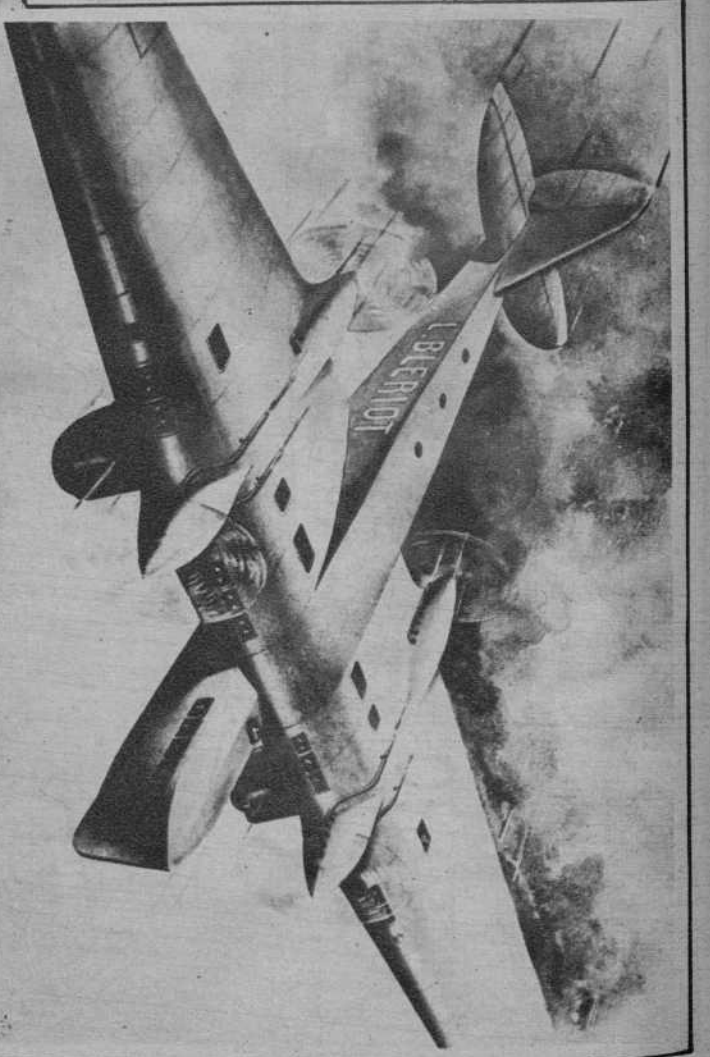


Las marineras descansando en el baoprés

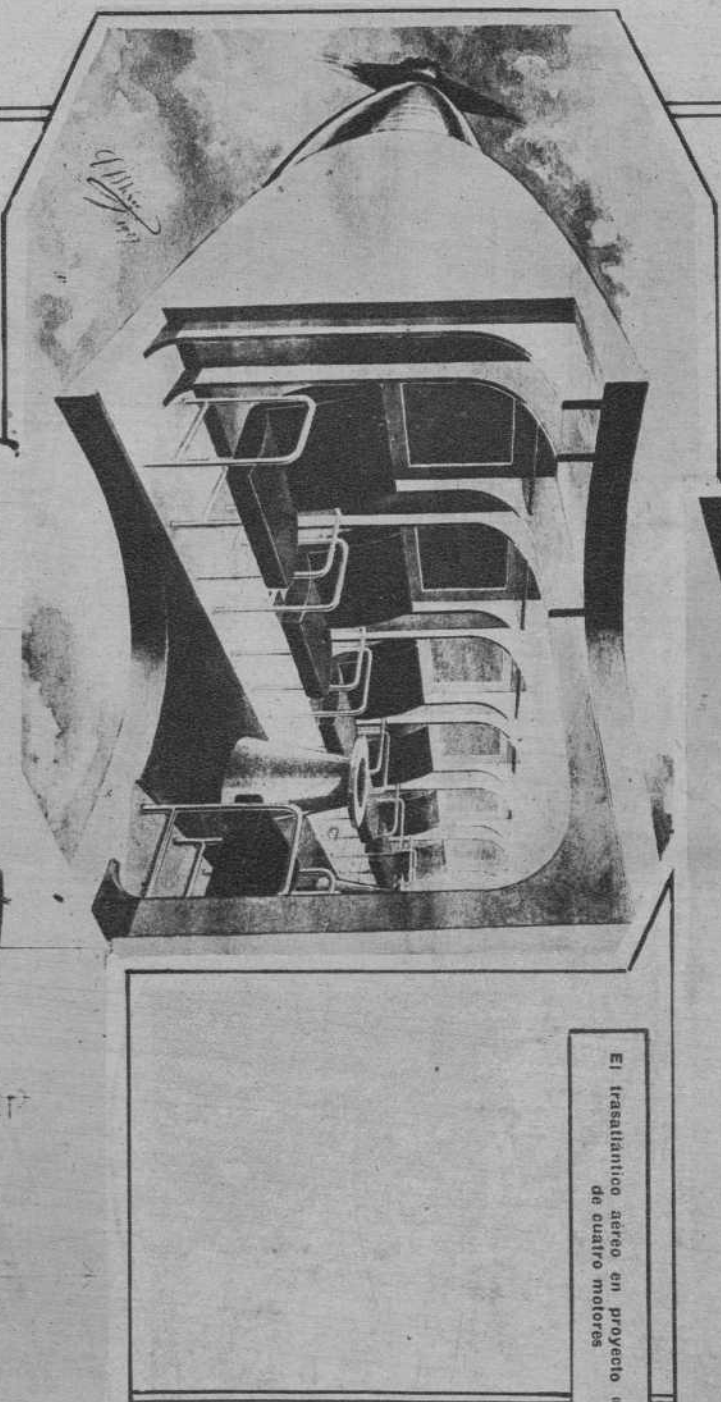


LA NAVEGACION AEREA TRANSATLANTICA

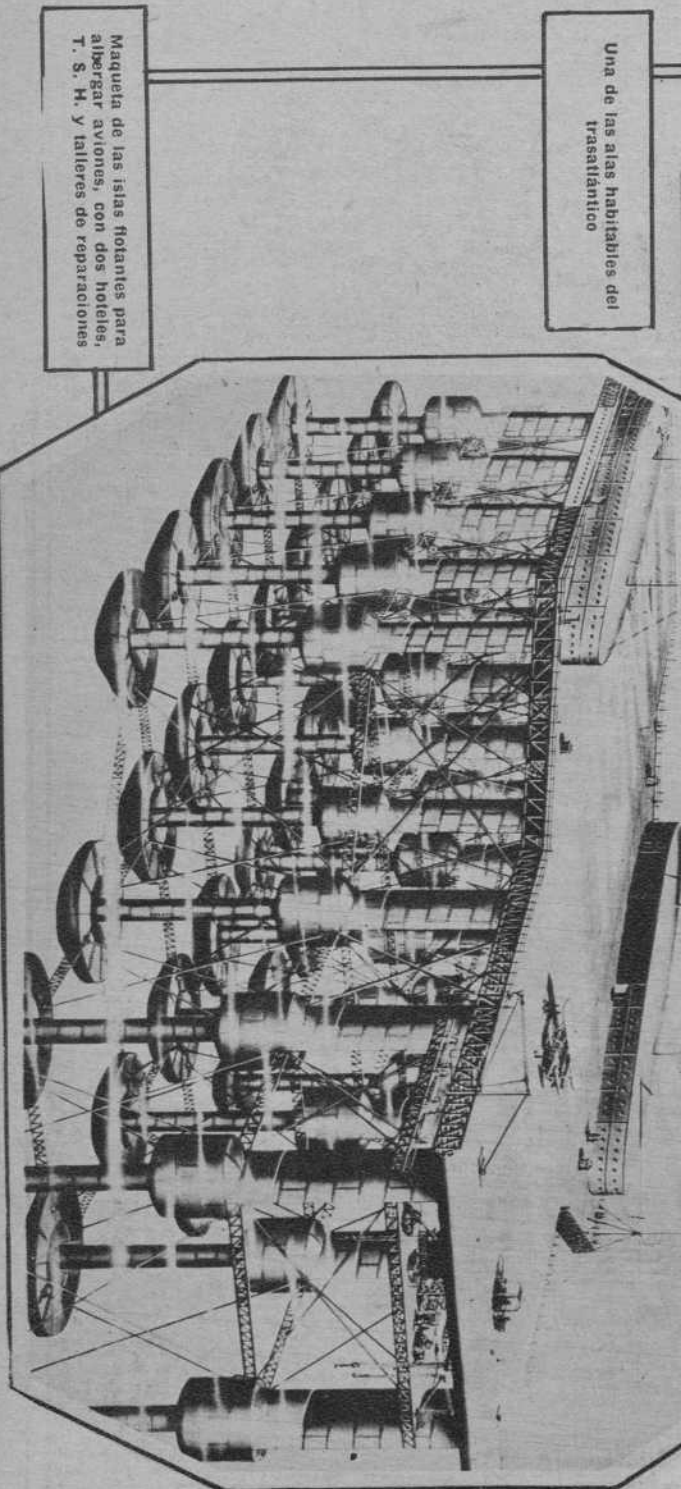
Después del éxito rotundo del Zeppelin, los alemanes preparan una nueva hazaña y una nueva efecacia con el «Dornier X», avión-gigantesco para el vuelo a la América del Sur. Los franceses tienen también sus proyectos. Bleriot está construyendo un gran avión y proyectando islas flotantes.



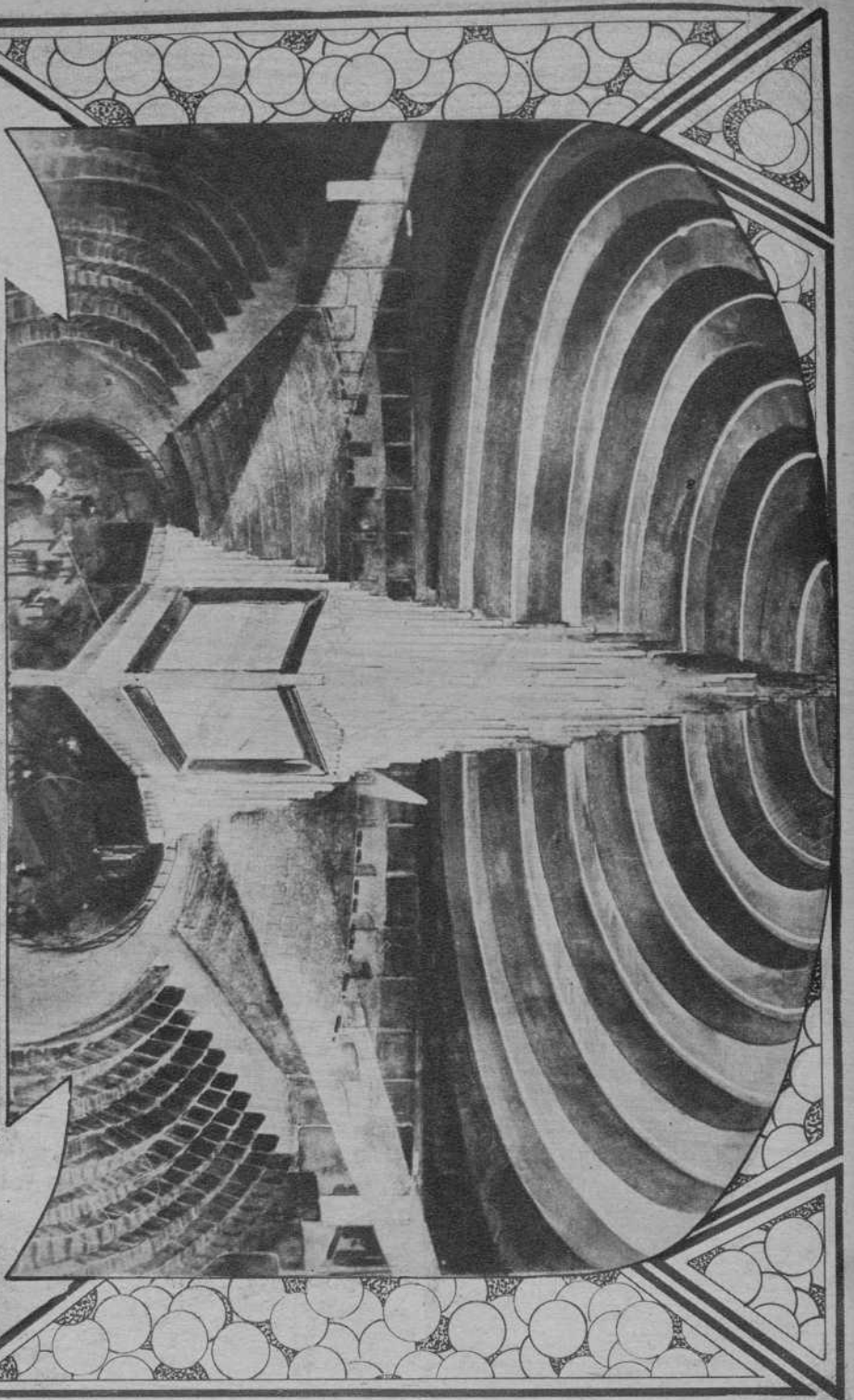
El transatlántico aéreo en proyecto «Bleriot», de cuatro motores



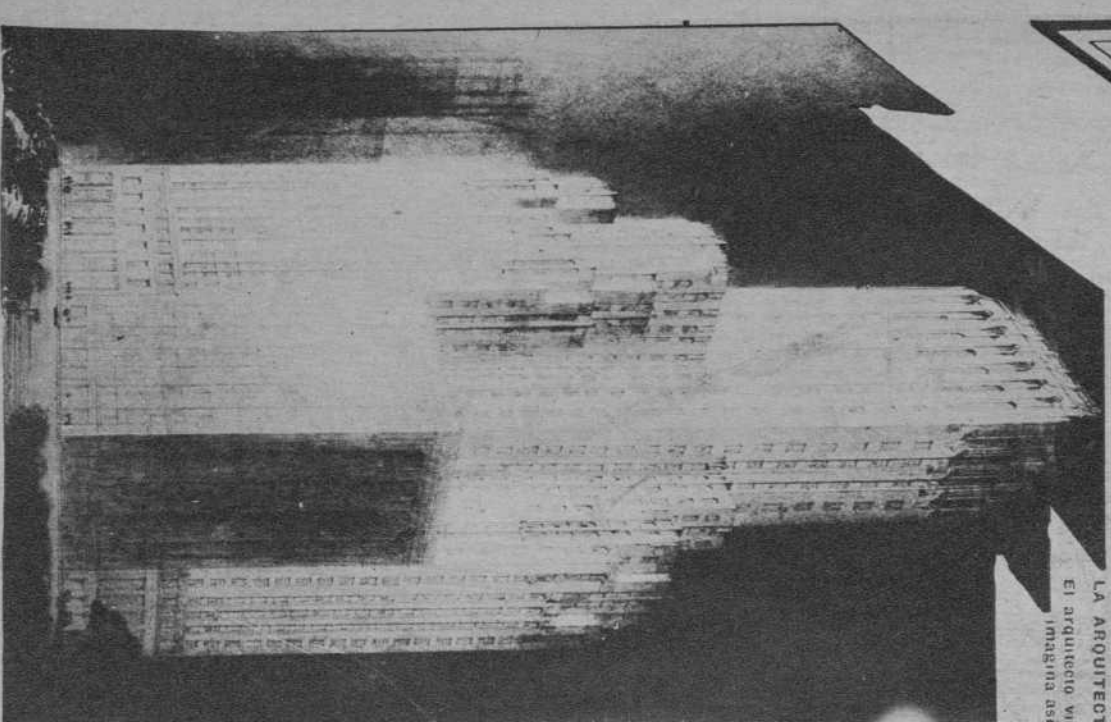
Una de las alas habitables del transatlántico



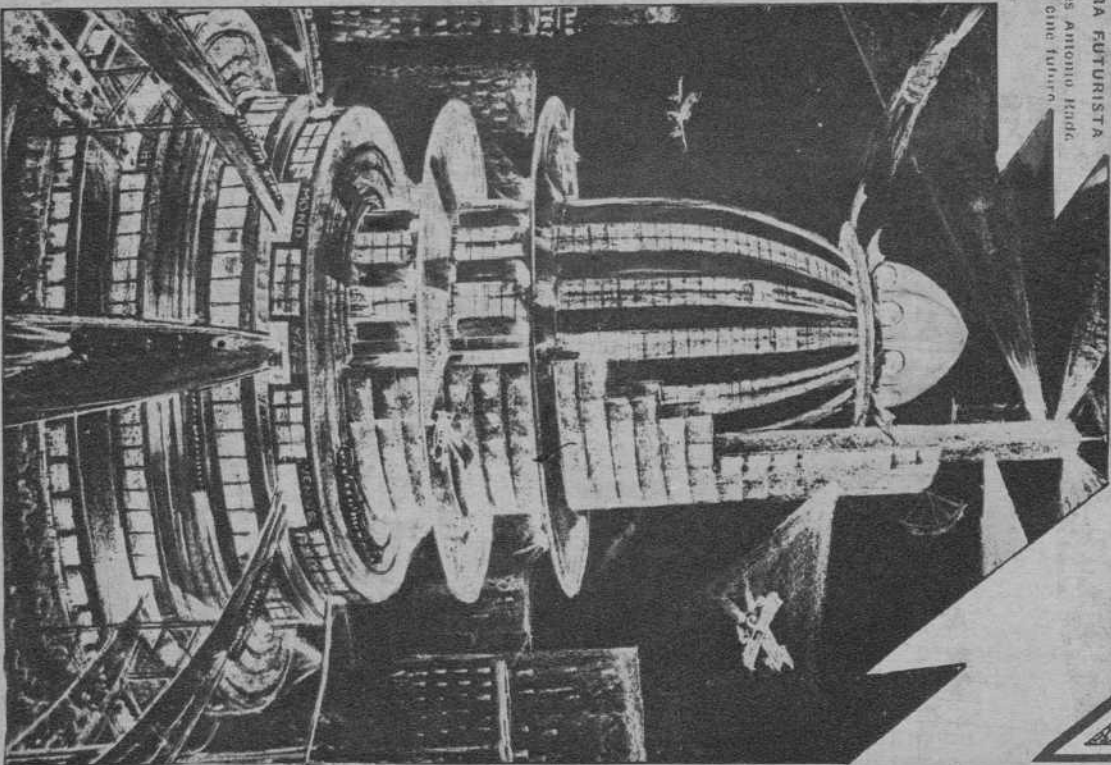
Maquina de las islas flotantes para albergar aviones, con dos hoteles, T. S. H. y talleres de reparaciones



LA ARQUITECTURA FUTURISTA
El arquitecto vienes Antonio Rindt, imagina así el cine futuro



Pero este rascacielos, de apariencias futuristas, será inaugurado muy pronto



Otro arquitecto, también austriaco, ha ideado esta estación aérea del porvenir

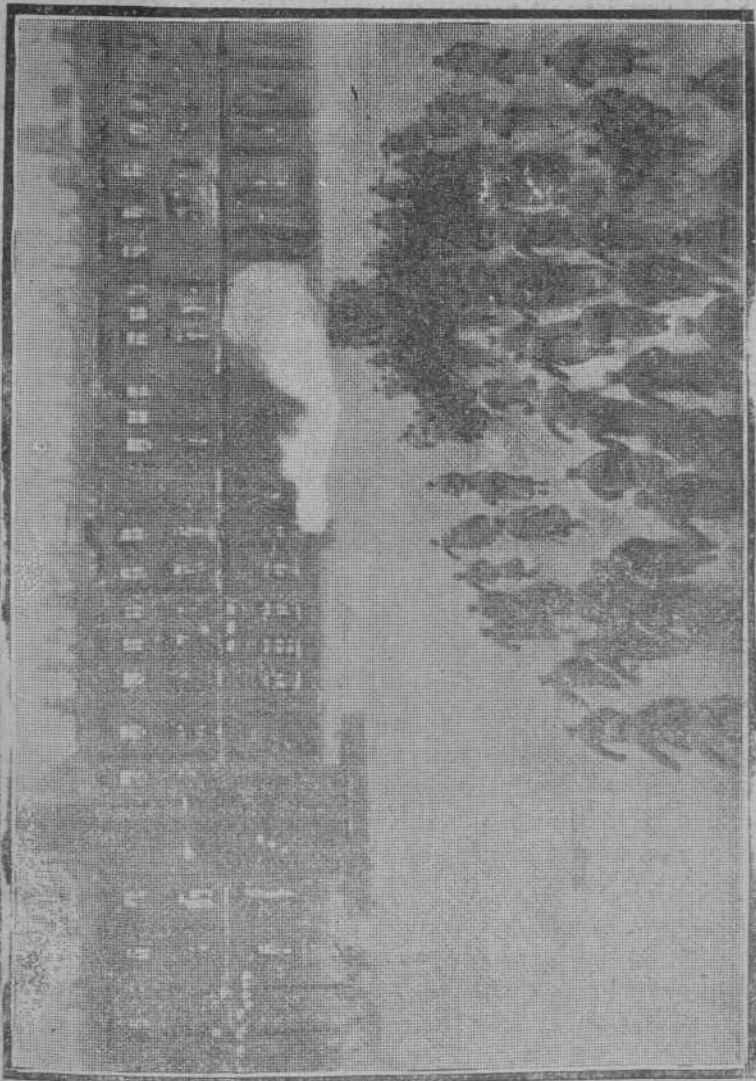
El peligro

rojo por Felipe Alauz

Ilustraciones de Passarell



A lo lejos seguían oyéndose los cañonazos de la fortaleza de Pedro y Pablo, contra el Palacio de Invierno.



Ataque al Palacio de Invierno

Los delegados que habían abandonado el Soviet, se dirigieron a la Duma Municipal, en cuya sala Alejandro, deliberaba el Comité de Salud Pública, constituido para luchar contra el Soviet. Los delegados entraron y anunciaron que abandonaban el Soviet para ir a morir con sus hermanos en el Palacio de

profesores, un conde polaco que daba lección vestido con pantalón bombacho y zamarra patriarcal, políticos notorios, damas norteamericanas y celebridades de la literatura internacional.

La clientela calificada ordenaba que el profesor acudiera puntual a algún palacio del barrio de la Estrella, a algún hotelito de Passy, o a esas casas que describen los autores de novelas blancas cuando tratan de pintar una vivienda aristocrática sin haber pisado más que imaginativamente, en momentos de fiebre delirante.

III

—Tendrá usted que ir a la calle de Solferino en días alternos de siete a ocho de la noche—me dijo el director de la Academia.

—¿A dar lección a la señorita Humbert?

—Sí, señor... Ahí tiene usted la ficha.

Cada discípulo tenía su correspondiente hoja de estudios en el archivo de la Academia. La señorita Humbert había llegado al verbo "empezar" que en la perspectiva total del método era un verbo comprometido, excepcional, un verbo muertero.

La calle de Solferino está muy cerca del Sena y del barquero Caronte que acecha en la orilla como un genio de las pulmonías. Me abrigué convenientemente y a las siete en punto de una noche otoñal me

recibir lecciones en su propia casa; judíos del estado llano que se proponían perfeccionar el viejo castellano sefardita, autores de libros sobre el barroco de Salamanca, pequeños burgueses con el suicidio o el balance en perpetuo tira y afloja, rusos de mirada viva y serenidad pensativa, millonarios en proyectos y en pétalos de flores baratas, doctoras en la ciencia del espunte, mujeres fatales, inventores perpetuos encanecidos en los concursos Lepine, traductores de los más absurdos libros españoles, empleados de Banco, agentes y corredores de publicidad y personajes misteriosos capaces de aprender el español como se aprende algunas veces el valor de los naipes: para hacer solitarios.

Ciertos súbditos de la dulce y felina Italia llegaban de vez en cuando dispuestos a aprender unas construcciones castellanas y a pedir aclaraciones sobre frases tan misteriosas como "¡A mí píñm!", "¡A salvo está el que repica!" o "Me mandé mudar".

II

La Academia tenía otros clientes, personajes de calidad. El propio Poincaré aprendió el idioma de Cervantes en aquel centro docente. Fueron también discípulos del intrépido catalán de Reus, maguates de la Banca y de las Finanzas, diplomáticos,

I

En aquella Academia se enseñaban todos los idiomas. A dos pasos del bulevar de los Italianos, en la Chaussée d'Antin, un hombre decidido, un intrépido catalán de Reus contaba con varios equipos de profesores que sabían disertar sobre el presente de subjuntivo en las lenguas más diversas y enrevesadas.

Formaba yo parte del equipo español. Mis discípulos hubieran constituido el grupo más pintoresco del mundo de poder reunirse todos a la misma hora: intérpretes de ambos sexos, dependientes de hoteles y clubs, vendedoras de las Galerías Lafayette, empleados de casas de exportación, turistas en potencia, griseas de corazón lírico y burlesco, publicistas, abogados, contables y clérigos; el inglés quiere ir a Sevilla, el alemán que trafica con los países sudamericanos, el suizo que trata de ampliar sus posibilidades de poliglota, el letrado francés que interviene en litigios de Derecho privado internacional y tiene todavía un aire de personaje de Balzac, el hispanista que aterriza en París procedente de los países escandinavos y entiende una comedia de Lope de Vega, pero no sabe saludar en español...

Eran discípulos de cuota relativamente modesta, que no pagaban la comodidad de

La Duma Municipal había enviado a los bolcheviques una delegación para que firmase un armisticio y hallar una fórmula. El Comité Militar Revolucionario aceptó la proposición, convirtiéndola en una oferta de rendición que los cadetes rechazaron. La lucha siguió. A las ametralladoras de los cadetes, respondían cañones.

Mientras tanto, en el Instituto Smolny el Soviet había celebrado sesión llena de fiebre y de tumultos. Fuera, en la plaza, entraban y salían autos que partían hacia la ciudad con periódicos y proclamas, roncaban los motores de los autos blindados, en torno de las hogueras, guardias rojos, de paisano, pero con fusil, se codeaban con los soldados. El gentío, febril, iba de un lado para otro inquiriendo noticias. Se oía la "Internacional", voces roncas, discursos, bocinazos... Dentro, el Soviet, deliberaba. Frente a los bolcheviques se habían alzado todos los otros partidos, acusándoles de romper la legalidad revolucionaria, lanzando a Rusia a un salto que podía llevarla a la anarquía. Por último fué votada una proposición expresando la victoria conseguida y anunciando que, vencido el Gobierno provisional, el nuevo Gobierno de obreros y campesinos presentaría proposiciones de paz, entregaría las tierras a los campesinos, establecería el control de los obreros sobre la producción, el reparto de los productos manufacturados y los Bancos, que pasarían a ser monopolio del Estado.

Trotsky había anunciado, además, la inmediata revolución en Alemania, profecía que Lenine amplió con el comienzo de la revolución universal. Lenine, por primera vez, se había mostrado en público después de la sublevación de julio y fué acogido con ovaciones inenarrables.

—Una voz gritó:
—¡Todo esto tenía que haberlo votado el Congreso Panruso de los Soviets! No habéis hecho una revolución, sino un golpe de Estado.

Trotsky, respondió:
—No hemos hecho más que adelantarnos a la voluntad del Congreso que, desde esta noche, por nuestra revolución, tendrá el Poder.

La maniobra bolchevique estaba cumplida. El Congreso de los Soviets se encontraba ante la realidad del nuevo hecho. No tenía que deliberar, sino ejecutar. La mayoría del Congreso se encontraba ante un nuevo Gobierno. La capital había cambiado de amo en veinticuatro horas.

El día 7 de noviembre, a las diez de la noche, se abrió el Congreso Panruso de los Soviets. Lo presidió Dan, socialista menchevique. Los soviets creían tener mayoría, que se afirmaría con los acontecimientos. Su insurrección, iba, pues, a ser legalizada.

presenté a una camarera de la señorita Humbert. Tras unos minutos protocolarios, la doncella, que parecía una costurera pizpireta, me hizo pasar a un salón lóbrego que imponía respeto: era un salón Renacimiento.

En aquel salón esperé hasta que me condujeron a presencia de la señorita Humbert. El estilo Renacimiento es cosa de sacristía o de cripta. Nunca se sabe si una mesa es una mesa, una base de catalco, un reclinatorio o uno de esos armatostes petitorios que se ven cerca de las puertas de las iglesias. Contrastaba con el tono fúnebre de los muebles la decoración de la doncella que expresaba muy bien el desgarre fonético de Montmartre.

IV

La pizpireta doncella me acompañó hasta la estancia, donde me esperaba la señorita Humbert.

Para describir aquel "boudoir" haría falta cierta cantidad de transcurso por los dominios de Pluton. El damasco de las paredes era rojo, y roja la pantalla baja colocada sobre la mesa; rojos los muebles, rojo el techo y roja la alfombra. Queda enrojecido por completo.

La señorita Humbert llevaba un kimono rojo, joyas rojas, pendientes rojos, medias y calcetas rojas. Para completar aquel atarde extremista, la salamandra del sarloncillo estaba al rojo vivo.

Carlota Humbert era guapa hasta la exageración. Tenía unos ojos de esos que los novelistas llaman brujos. La capellera a la romana amañaba su cuarto de siglo, un cuarto de siglo preventivo. Su tipo era completamente de novela: cimbrante y esbelto.

Estábamos en un "boudoir" de París. Una mujer noveltesca me recibía con tanta amabilidad como si no hubiera sido yo un profesor decidido a la máxima intrasigencia en la conjugación del terrible verbo "empezar".

La gentili Carlota me ofreció un cigarrillo de boquilla roja. Era un cigarrillo satanesco? Carlota me lo entregó con esa negligencia elegante que parece agradecer cuando invita. Era exactamente igual que si yo acudiera a una cita amorosa: el cigarrillo, la intimidad del "boudoir". Sólo faltaba lo que, después de todo, falta en tantas citas amorosas: el amor.

—¿Usted es el nuevo profesor?—me dijo en francés.

—Afortunadamente para mí.

—Permítame que le contradiga, porque usted a tratar con una discípula muy bonita.

—¿Había que ser galante prolongando un diálogo fuera de ocasión o iniciar severamente el tema del día?

—Si usted me lo permite, hablaremos en español.

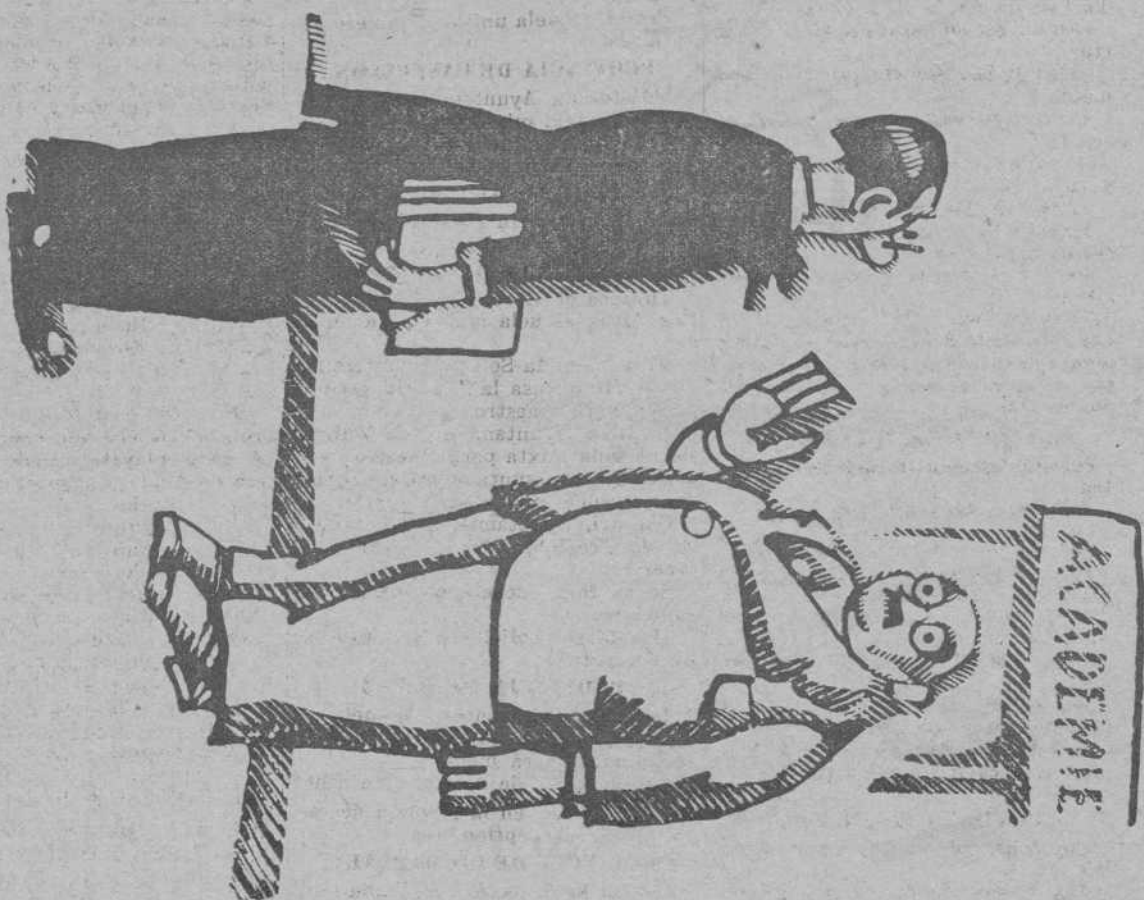
—Es que yo lo permito todo a condición de que sea posible.

Hizo un mohín completamente de novela. El kimono rojo me parecía una túnica poética. ¿Estábamos en Francia o en Oriente?

—Mire usted—me dijo en francés con ese sentido mandano de las personas acostumbradas a comprar la indiferencia a altos precios—; usted me ve aquí como se ve algo raro, demencia... No me interrumpa... Recuerde tan sólo que un profesor puede dejar de serlo por unos momentos.

—En efecto, no puede haber diálogo—contesté yo—, pero el otro profesor es de Astorga y en Astorga rima muy bien con el gusto de las mantecadas decir doña Adelaida, doña Paquita, doña Lucía, doña Carlota...

El profesor astorgano era un hombre alternativamente hipocodrónico y delirante. Me había dicho que Carlota era una especie de vampirita y que en los movimientos normales de la disciplina se podía es-



y no le pareciera extraño que me desentendié del español de los libros. Yo que- ría un profesor que me enseñara el habla de los giranos, el "argot" de cigarreras y modistas, de la gente de Sevilla, de las aceituneras y azulojeras. En vez de indicarme en esa conversación tan sabrosa, me enseñan a deletrear, a silbar y a conjugar. Además, venía un profesor asustadizo que me llamaba doña Carlota, como a una dueña de casa de huéspedes.

—¿Cree usted que puede haber diálogo cuando uno de los interlocutores dice a cada paso: doña Carlota, doña Carlota?—

tudiar "la ondulante gracia de las serpiente".

Prendió fuego Carlota a su cigarrillo, diciendome después que no quería hablar mal del profesor astorgano, pero que le parecía un discípulo.

—Le dije que nos acompañara a Sevilla—añadió Carlota—y se asustó un poco.

—Permítame... parece, más bien, que la asustada es usted.

—En efecto: me asusta porque habla deprisa, lleva bigote y está siempre triste. Llegó a decirme que tenía un amor imposible, y que pasaba los domingos vagan-

Dan ocupó la presidencia. Iba con uniforme de médico militar. El vocerío de la sala se calmó y él, con una suave voz melancólica, llena de emoción, comenzó su discurso:

El Poder está en nuestras manos, pero, ¡camaradas!, el Congreso de los Soviets se reúne en circunstancias tan inesperadas, en un momento tan extraordinario, que comprenderéis muy bien por qué el Comité Ejecutivo no estima necesario abrir esta sesión con un discurso político. Lo comprenderéis aún mejor al pensar que yo soy miembro del Comité y que en este preciso instante nuestros camaradas del partido se encuentran en el Palacio de Invierno, bajo el bombardeo, en pleno sacrificio, en el cumplimiento de sus funciones de ministros, que el Comité les ha confiado.

Queda abierta la primera sesión del segundo Congreso de los Soviets de los diputados obreros y soldados.

Se procedió a la elección de la presidencia, votando juntos bolcheviques, socialistas revolucionarios y el grupo de Gorki, contra los mencheviques. La elección fué clara: 14 bolcheviques, 7 socialistas revolucionarios y uno del grupo Gorki. Un ucraniano pidió un puesto y le fué concedido. Rusia tenía nuevamente Gobierno: el de los soviets. El Congreso había dado mayoría a los bolcheviques. La insurrección, estaba legalizada.

La presidencia fué dejada por el antiguo Comité Ejecutivo y subió el nuevo. Subieron Lenine, Trotsky, Kamenev, Lunatcharky, la señora Kolontai, toda la plana mayor bolchevique. Los que en marzo habían llegado temerosos de una detención, los que hacía tres meses, en julio, vencidos, fueron encarcelados o encerrados, los que no eran más que una inapreciable minoría al comienzo de la revolución, por los grandes errores del Gobierno provisional y por las vacilaciones de Kerensky, subían en aquel momento unas simbólicas escaleras que eran las del Gobierno de Rusia y de sus ciento cuarenta millones de rusos. Un hombre frío, tenebre, de una genial estrategia política, sin moral que lo estorbaba, ni escrúpulos que lo detuviesen, Lenine, en fin, había sido su capitán.

Una ovación formidable los acogió. La sala temblaba con los aplausos y los vítores de aquellos hombres llegados de toda Rusia, que hacía tres días no dormían, lívidos, sucios, en los ojos una luz de tragedia. De vez en cuando, sonaba el cañón que bombardeaba el Palacio de Invierno. La sala cayó en un silencio dramático, que rompió Martof, el líder menchevique:

—¡Camaradas!—dijo—: la guerra civil comienza! La primera cuestión debe ser la solución pacífica de la crisis. Por razones de principio, así como por razones políticas, debemos empezar por discutir con urgencia los medios para impedir la guerra civil. Se mata a nuestros hermanos en las calles. En este

momento en que, antes de la apertura del Congreso de los Soviets, se trata de solucionar el problema del Poder por medio de un complot militar organizado por uno de los partidos revolucionarios... Todos los partidos deben mirar ese hecho cara a cara. La primera cuestión que se plantea ante el Congreso es la cuestión del Poder, y ésta se está resolviendo en la calle por la fuerza de las armas... Es necesario que nosotros creemos un Poder reconocido de la democracia entera. Si el Congreso quiere ser la voz de la democracia revolucionaria, no debe cruzarse de brazos ante la guerra civil, a riesgo de provocar la explosión de una peligrosa contrarrevolución. Una salida pacífica no será posible más que por la constitución de un Poder democrático unido... Debemos elegir una delegación que lleve a cabo las negociaciones con los otros partidos y organizaciones socialistas.

La proposición fué aceptada. Todavía bastantes bolcheviques dudaban ante la enorme responsabilidad de coger el Poder ellos solos, rompiendo todas las amarras.

Pero las discusiones seguían, obreros, campesinos y soldados se batían a gritos y discursos, unos desaprobando el golpe revolucionario de los bolcheviques, otros defendiéndolo. El Congreso de los Soviets no debía haberse reunido tres semanas antes de las Cortes Constituyentes. Era para éstas una puñalada—decían los mencheviques y los oficiales—. Pero respondían los soldados y los obreros que sí, porque si no, las Constituyentes hubieran sido mixtificadas por el Gobierno provisional. Los discursos eran interrumpidos con injurias e imprecaciones y, a veces, el tumulto, cortaba la sesión.

La discusión ardía. El representante del partido socialista judío, el "Bund", se levantó para apostrofar a los bolcheviques que bombardeaban en el Palacio de Invierno a otros hermanos socialistas.

—Como el bombardeo del Palacio de Invierno no cesa—añadió—, la Duma Municipal, de acuerdo con los mencheviques, los socialistas revolucionarios y el Comité Ejecutivo del Soviet de los Campesinos, ha decidido morir, con el Gobierno provisional. Vamos a su lado y, sin armas, ofreceremos nuestros pechos a las ametralladoras de los terroristas.

Unas cuantas docenas de delegados se levantaron, abandonando la sala en medio de voces roncadas, puños cerrados, gritos, rugidos de aquella multitud frenética.

Trotsky se levantó:

—Dejad que se marchen. Todos esos oportunistas no son más que basura que no contarán en la historia. Todos quietos. Que nadie se mueva. El Comité Militar Revolucionario ya ha hecho bastante enviando a la Duma Municipal una delegación para entablar negociaciones...

El alumbrado público en Barcelona en el pasado siglo

El primer conato de alumbrado público en Barcelona, hay que buscarlo en el reinado de aquel buen rey Fernando VI, del que tan poco habla la historia, no obstante ser un modelo de monarcas, por su espíritu progresivo, dulce y amigo de la paz.

Queriendo el Ayuntamiento celebrar el cumpleaños real, el día 23 de septiembre de 1752 implantó esta importante reforma.

Con todo, dada la incertidumbre de aquellos tiempos, debería caer casi en desuso esta mejora, ya que después de la invasión de los franceses, vemos que se vuelve a normalizar la cosa, pero tan primitivamente, que la iluminación consistía en unos faroles colgados de un cordel, balanceándose a merced del viento, lo que daba lugar a las bromas pesadas de la gente moza y maleante. No era esto sólo, sino que esta mezquina iluminación se suplía las noches de luna llena o cuarto creciente, y no había fuerza humana capaz de lograr que se encendiesen los faroles, aun cuando estuviese tan nublando que no se distinguiesen los objetos a los pies. En tales ocasiones, mitigada algo la oscuridad, la devota costumbre de los vecinos, de hacer arder una lamparilla de lanita de la imagen de un santo, lo que por fortuna era tan frecuente, que metizaban las linternas estos microscópicos faros, situando de guita para cruzar las calles angostas y tortuosas, formando un laberinto con muchos recodos y enroscadas, que se presentaban a toda clase de atracos y emboscadas.

Todo el mundo se recogía temprano, y los rezagados, después de saludar a las muchas parejas de frías que se retiraban a sus respectivos conventos, oían el murmullo solemne que, acompañando el silencio majestuoso de la noche, se desprendía del fondo de todas las viviendas, pues era la hora del Rosario, rezado devotamente en todos los hogares barcelonenses. Poco después, el silencio era profundo, y sólo interrumpido por la gangosa voz del sereno, o los ladridos de los perros callejeros.

Poco a poco fué mejorándose la cosa, de modo que, antes del establecimiento del gas, la ciudad estaba iluminada por 2.280 faroles, que consumían, cada año, 18.524 cuartales de aceite, cuyo valor computado por quinientos era de 303.000 rs. vellón, a los cuales se agregaban 168.747 rs. invertidos en sueldos y jornales, y 46.220 rs. en gastos generales, formando todo un total de reales 517.967.

Después de los experimentos puramente especulativos de Bechez, en 1850, de Clay-

ton en 1739, de los ensayos de lord Dunder en 1786, aprobado para el alumbrado de su casa de Cubross Abbey, el gas que se desprendía de los hornos de coque; del doctor Pichel de Wurzburg que en el mismo año iluminó su laboratorio con el gas extraído de ciertas grasas, viene Lebon, que en 1786 carbonizaba la leña en retortas herméticamente cerradas, y empleaba el gas que así se producía en su termolámpara, para la calefacción y el alumbrado.

Murdoch, en 1792, su discípulo Samuel Elegg, el americano Henry y, sobre todo Wíngler, de Znaín (Moravia), que fundó en Inglaterra una sociedad por Acciones, e iluminó en 1807 con el gas, uno de los lados de Pall Mall, en Londres, hacen cobrir al nuevo invento un privilegio para sus proyectos, e inauguró en 1814 el alumbrado público en Londres, y en 1815, el de París. Casi simultáneamente en varias poblaciones de Europa se esparció el nuevo invento.

En Barcelona, la Junta de Comercio, es la que primeramente introduce en su domicilio, el nuevo alumbrado. A las nueve y media de la noche del día 24 de junio de 1821, con motivo de la celebración de los días del intendente don Juan de Gago, y en justo obsequio a su celo por el fomento y prosperidad de las artes, abrióse por primera vez en el patio de la Casa Lonja, y en una de las salas de dibujo, la iluminación por medio del gas bicarburo de hidrógeno. Al acto aquel concurrió el capitán general, marqués del Campo, el referido Intendente y otras distinguidas personalidades. Para satisfacer la curiosidad natural del público, hizo seguir la iluminación cuatro días seguidos.

Dicho éxito debióse por entero a la laboriosidad e inteligencia del doctor don José Roura, catedrático de Química de las escuelas gratuitas que sostenía la Junta, quien dirigió la confección del grande y complicado aparato para la obtención y conducción del gas, que fué ejecutado todo por operarios catalanes. El nuevo alumbrado se hizo extensivo luego, con feliz éxito, a las demás salas de dibujo.

A pesar del satisfactorio ensayo hecho en la Casa Lonja, hasta fines del año 1840, cuando el Ayuntamiento de Barcelona publicó un aviso llamando licitadores para que presentasen proposiciones con objeto de alumbrar la ciudad, por medio del gas, mediante aviso, hecho sin los conocimientos previos, ni los antecedentes necesarios, no

fué más que una manifestación del buen deseo que animaba al Cuerpo Municipal. Reservado estaba a los concejales de 1841 el plantear la cosa. Después de grandes dificultades concedióse el permiso a M. Carlos Lebon, firmandose con éste en 3 de julio de 1841, la correspondiente contrata con la que quedó estipulado, entre otras cosas, que el consumo de cada mechero había de ser de cinco pies cúbicos de gas por hora, y su precio cinco y medio maravedises.

Queriendo asegurar la privativa de alumbrar la capital por espacio de 15 años, para llevar a cabo este intento, se combió la idea de formar una Compañía anónima por Acciones al portador, y dióse cima a este proyecto constituyéndola en virtud de la escritura que se firmó en 28 de enero de 1843, a favor de la cual traspasó M. Lebon el privilegio y demás derechos adquiridos, principiándose la edificación de la fábrica y los trabajos de canalización, que fueron adelantándose con tan prodigiosa actividad, que se inauguró el alumbrado público por gas, el primero de octubre de 1842, y el particular el primero de noviembre inmediato.

Esta reforma tan importante es más de admirar aún, teniendo en cuenta la calamitosa época en que se implantó, ya que aquel año y el siguiente, fueron uno de los más críticos y tormentosos que pasó la ciudad.

Con todo, progresaba visiblemente, y a principios de 1843, notábase ya con admiración el buen gusto de nuestras tiendas. Las de la calle de Escudillers, Rambla, Call, Bajada de la Carcel, calle Ancha, etc. etcétera, daban con su abundante y excelente surtido de género y su elegancia, aspecto de gran ciudad a Barcelona.

En 25 de agosto de 1852 tuvieron lugar dos curiosas pruebas de luz eléctrica. Una fué en el terrado de una casa de la Plaza de la Constitución, esquina a Jaime I, y otro foco fué ensayado en una mesa colocada en medio de la calle de la Unión. No hay que decir lo atesadas que estarían esas calles y las inmediatas, que estarían del Centro, Fernando y Jaime I. Con todo, hasta finales del siglo, esta clase de alumbrado no toma incremento.

Edison termina en 1879 la lámpara incandescente, dándole al público en 1880, y ésta substituye, con ventaja y mayor baratura, el arco voltaico, y el gas se define con bravura, gracias a la innovación del mechero Auer, puesto en boga el mismo año.

JOAQUÍN BAS GICH

Páginas infantiles



HISTORIA NATURAL
EL AVERRIA

Hasta bonita ave, perteneciente a la familia de las caráridas, es una especie bien conocida de todos los cazadores, por la abundancia con que se presenta a mediados de otoño con los primeros fríos, aunque algunas parejas crían en nuestra Península. El aspecto de esta ave es incomprendible por un curioso y largo moño occipital, su extenso pelo negro y sus alas bronceadas, no siendo menos característico su vuelo, con un movimiento especial de sus alas, que parecen desarticuladas, mientras se oye en los aires su grito peculiar: "Hui-hui, Hui-hui".



EL AVERRIA

Generalmente se la ve en bandos bastante numerosos, en los grandes llanos pantanosos o en las vegas cruzadas por algún río, y en sus viajes periódicos descaensan también en las estepas para buscar insectos, que con las lombrices de tierra, los caracoles y las babosas, componen su alimento usual.

Dice un proverbio francés, que: "quien no ha comido chorrito ni averría, no sabe lo que vale la caza." Por lo que a última se refiere, estamos en todo conformes con el adagio, ya que la carne del averría es un bocadillo exquisito.

Los huevos de estas aves son también muy estimados en algunos países, hasta el punto de que en Holanda constituye su colección una verdadera industria que da muy buenos rendimientos.

Generalmente son cuatro los que pone la

B. S. N.



GALERIA DE HOMBRIS CIENTÍFICOS
LUIS PASTEUR

Este eminente biólogo francés, nació en Dole (Jura) el 27 de diciembre de 1822. Hijo de modesta familia, pues su padre era curtidor, empezó sus estudios en el Colegio municipal de Arbois, revelando sus aptitudes para el dibujo.

Muy joven todavía pasó a Besançon, donde se graduó de Bachiller en Letras, siendo al poco nombrado ayudante del Instituto. Entre tanto iba preparándose en los estudios de matemáticas y química para ingresar en la Escuela Normal de París, donde habiéndole otorgado un puesto que creyó poco ventajoso, repitió los exámenes, logrando el número cuatro.

Asistió a las clases de Dumas y Belart en la Sorbona, íntimamente preocupado en trabajos de laboratorio químico a los que dedicaba las horas de recreo.

En 1846 fué nombrado agregado en ciencias físicas y en 1848, preparador de química, habiéndose doctorado en ciencias y desempeñado una cátedra en el Instituto de Dijón.

En 1857 se le trasladó a París como director científico de la Escuela Normal; más tarde fué nombrado profesor de química de la Sorbona, cargo que desempeñó hasta el año 1889.

Al fallecimiento de Littré, le sucedió en la Academia Francesa.

Un ataque de hemorragia cerebral padecido en 1869 y con hemiplejía consecutiva, no le privó de seguir trabajando aun entre las apasionadas discusiones que promovían sus trabajos y acababan de quebrantar su salud.

En 1892, y en ocasión de su septuagésimo aniversario, se le dedicó una sesión de homenaje en la Sorbona, donde asistió del brazo del presidente Carnot, y en la que lord Lister, el célebre cirujano inglés creador de la moderna cirugía, afirmó que "jamás había existido un hombre al que tanto debieran las ciencias médicas".

Pasteur, poseía todos los grados de la



PASTEUR

tendiendo después sus ideas a la putrefacción, renovó las doctrinas médicas acerca de las enfermedades infecciosas que declaró microbianas, abriendo así el camino a la cirugía antiséptica. Pasteur acabó con la "pebrina", enfermedad de los gusanos de seda que arruinaba la industria serícola, indicando los medios para la destrucción del parásito.

Pero su obra vaagral, es sin disputa el estudio de la rabia, y el descubrimiento de la vacuna contra la misma con las inoculaciones en el conejo y la utilización de su médula hasta obtener el virus de la fuerza desecada.

El mérito de Pasteur consiste no sólo en sus propios e inmortales trabajos, sino en la senda abierta para los demás investigadores como Raux, su discípulo, Koch y Behring, que revolucionaron la concepción de las enfermedades infecciosas y descubrieron nuevos medios de profilaxis y tratamiento.

Méjlm, Lila, Arbois, Dole y París, han erigido sendos monumentos a Pasteur, con el objeto de perpetuar la memoria de este gran sabio y bi-mechor de la humanidad.

B. S. N.